

El oficio de escribir

CARLOS PEROZZO

Antes de referirme al tema del oficio de escribir, quiero, a nombre de los escritores cuya obra he criticado aquí, quiero, digo, exaltar la ejemplar actitud de las directivas de la Universidad Central, quienes con una mentalidad verdaderamente universitaria están impulsando la cultura en diferentes frentes. Actos como el que hoy culmina, en donde se ha examinado y criticado las obras de ocho novelistas contemporáneos colombianos, junto con el impulso a un taller literario, actividades teatrales y otras son un esfuerzo para acercar ese fenómeno llamado cultura al estudiante, por propiciar un acercamiento con las gentes situadas tradicionalmente al margen de la Universidad, es lo que hacen de una institución como esta, una verdadera universidad, con ese carácter universal —que como lo indica su nombre— está en el deber de expandir la cultura en sus dos facetas, la ciencia y el arte, para lograr un mundo mejor. Frente a la despreocupación oficial que ha convertido a las universidades estatales en poco menos que politécnicos, es desde todo punto de vista admirable la preocupación de la Universidad Central, que está acogiendo en sus claustros este tipo de actividades y fomentándolas en un esfuerzo para que sus estudiantes no solo cumplan con sus programas docentes sino que además adquieran conocimientos en otras áreas que, en última instancia, los posibilite para ser hombres totales, con una formación humanística y capaces de vivir en varias dimensiones.

Agradecemos, pues, al doctor Jorge Enrique Molina M., al doctor Enrique Perozzo, al doctor Alvaro Rojas y al profesor Fernando Ayala, esta oportunidad que nos han dado de entablar una relación

con el público lector, quienes además con su presencia noche tras noche en esta sala, han convertido este ciclo en un triunfo para la literatura.

EL OFICIO DE ESCRITOR

Federico Nietzsche, dijo en una ocasión que a él le daba cierta vergüenza llamarse a sí mismo escritor. Y no era una salida sensacionalista o de falsa humildad lo que le obligaba a decir eso al poderoso filósofo que con su verbo destruyó los ídolos de cuanto Dios halló a su paso. En el fondo, el viejo Nietzsche se daba cuenta de la tremenda responsabilidad que un hombre se echa sobre sus hombros cuando asume el riesgo de convertirse en escritor.

Y no es para menos. Veinte siglos de gran literatura occidental (que es lo que a nosotros nos corresponde, lo queramos o no) han producido una casta de nobles en el sentido vertical de la palabra, cual es esa estirpe de aristócratas del pensamiento que incluye a los Homeros, los Shakespeare y los Cervantes de todos los tiempos. Esos, lo que se propusieron vivir y hacer vivir a la humanidad de la única manera que es posible soportar el peso de nuestras limitaciones y justificar nuestra existencia: viendo y viviendo en el mundo como si éste fuera un objeto estético.

Que se haya logrado o no, no es culpa de aquellos, sino de una humanidad que seguramente ha equivocado el camino.

Asumir la función de escribir, teniendo detrás de nosotros tantos y tan ilustres antecedentes, teniendo frente a nosotros una realidad tan compleja y el rostro confuso de una sociedad casi inextricable, es por demás un compromiso que a veces excede nuestras fuerzas, o así lo parece.

Es por eso que pienso, que para ser escritor no basta la llamada vocación, ni aún el solo talento, aunque sin estos dos componentes no puede haber escritor.

Un escritor es un hombre que debe prepararse como un atleta que va a batir un record, como un científico capaz de explorar en la profundidad de los fenómenos, para poder poseer las armas que son necesarias en la revelación del mundo que crea, esa proposición vital que hay que plantearle al lector para obligarlo a recono-

cerse en su esencialidad y en la totalidad del ser.

Para mí, no es escritor quien se sienta a tejer historias y a entrelazar anécdotas confiando en su poder de narrador y en el interés que supuestamente pueda tener su material de testimonios. Ser escritor es algo mucho más allá de todo eso y ahí está la dificultad. Un escritor en el sentido más hondo de la palabra es aquel que mediante el absoluto manejo del lenguaje nos entrega una visión del mundo, una concepción de la lucha entre las limitaciones de la condición humana y el poder de la imaginación, es el enfrentamiento a las preguntas sempiternas que han acosado al hombre acerca de la muerte y la angustia, una reflexión acerca del sentido de la existencia humana cualquiera que sea su temática, así se trate de intelectuales en París o de guerrilleros en las selvas. Eso es lo que hace vitales y contemporáneos a Shakespeare y a Cervantes y a Joyce y a todos los que en el mundo han sido. Si me refiero a estas responsabilidades que tiene el escritor, es porque —ustedes lo saben— no todo lo que se produce dentro de nuestro medio, puede recibir el nombre de literatura.

Muchos libros muestran la impreparación y la superficialidad con que se han escrito, produciendo en el lector el efecto contrario al que se propone la literatura, cual es la liberación del espíritu y la afirmación de la vida frente a la muerte y a lo terrible, mediante el exorcismo de la belleza estética.

Pero también es cierto que muchas cosas conspiran contra la actividad del escritor en nuestro medio.

Un proverbio —antiguo y chino como casi todos los proverbios— dice que las tres mayores tragedias de la vida son “amar sin ser amado, querer dormir y no poder, y esperar y que no lleguen”. Nosotros podríamos agregar, para la ocasión una más: “escribir y no ser leído”.

Quienes me han precedido en los días anteriores en esta misma tribuna, se han referido a este tema, que es en verdad la mayor tragedia que pueda sucederle a un escritor. Muchas y muy variadas causas se han encontrado a este fenómeno, en congresos, encuentros y reuniones de Pen Club, siempre con las mismas conclusiones. Se ha hablado de subdesarrollo como barrera intraspasable, que no permite la comunicación entre el escritor con su público y con su

medio. Esto genera como es lógico, la poca difusión de sus obras, que hace que en un contexto de millones de analfabetas, las obras de sus escritores solo sean leídas por unos pocos miles en el mejor de los casos, situación que da como resultado la imposible profesionalización del escritor. Y es cierto, que esta situación persiste en nuestro tiempo, a pesar de que ya han pasado muchos años desde la aparición del llamado "boom" de la literatura latinoamericana, que hizo concebir (en vano) la esperanza de un cambio.

De esta manera, el escritor es obligado a llevar una actividad bifronte, que lógicamente afecta su poder de creación. Por una parte debe procurarse los medios de subsistencia en tareas ajenas a su actividad, de manera que cuando llega la hora de enfrentarse a la hoja en blanco su fatiga puede ser tal que lo obligue a desertar de esa tensión insostenible para integrarse a un futuro tal vez mediocre, pero que conlleve una cierta seguridad para su vida.

Pero ahí no acaba el viacrucis. Quienes a pesar de todo persisten, tienen que enfrentarse a la cerrada actitud de los editores frente al nuevo autor. Y si acaso éste logra vencer sus resistencias y su libro sale por fin a las vitrinas de las librerías comienza una competencia desigual, primer paso es el enfrentamiento con los libros producidos por autores extranjeros, libros que han sido escritos con todas las comodidades que les permite su bien remunerado (y aquí si se puede decir) oficio de escritores.

Agreguemos a todo esto la ausencia de una crítica objetiva, que coloque la obra en el plano que le corresponde, una crítica sin mentalidad de capilla, que no juzgue la obra del escritor por sus servidumbres, exigiéndole fidelidades imposibles a quien por su misma esencia es un desleal de todos los credos, de todas las órdenes o militancias y entonces tendremos la completa crucifixión de ese ser que en nuestro medio asume con valentía la magnífica tarea de escribir.

Todo esto es cierto, sucede en nuestro medio, es una dolorosa realidad y sin embargo, uno ve con asombro y también con alegría, como cada día aparecen libros y más libros, libros de poemas, libros de cuentos, novelas, ensayos como por arte de magia, como un milagro, como un desafío a quienes con su indigencia intelectual y artística quieren destruir uno de los más bellos patrimonios de la humanidad: la literatura y el arte.

En estas condiciones, pienso que el oficio de escritor como tal no existe en Colombia. La actividad de quienes asumen la tarea de escribir entre nosotros se parece más bien a una liturgia oficiada en el templo de un sacerdote sin dios, sin ortodoxias y hasta sin fieles, proclamando un evangelio de inconformidad no solo contra un mundo tedioso y condicionado, sino contra la creación entera. Busca desesperadamente una solución al conflicto entre el mundo real y el mundo de su imaginación y por ese camino —que algunas veces lo conduce al éxtasis, a la locura y a la embriaguez de sentirse secretamente un dios pero que también lo obliga a no dejar de sentir el barro en el cual se hunden sus pies produce en sus libros rituales de frustración, se deja ver las grietas por donde supuran sus propias y dolorosas exigencias y muchas veces sus versos, su prosa su expresión es un grito que contiene cánticos de lamentaciones. Y cuando finalmente adopta la divisa de Lucifer, *Non serviam*, ya está preparado para recibir en sus manos el legado luminoso que lo investirá del valor necesario para oponerse con sus buenas y malas artes a las embestidas del salvajismo y la brutalidad, desatando su imaginación, encendiendo su lenguaje y volcándose hacia la rebelión apasionadamente.

Esa es la manera como yo entiendo la liturgia de escribir, o el oficio de escritor si ustedes lo prefieren.